

Reseñas

**Alternativas infructuosas para
esconder a la población sobrante**

Reseña de *Caminos solidarios de la economía argentina. Redes innovadoras para la integración*, Floreal Forni (compilador), CICCUS, 2005.

Roberto Muñoz

Centro de Estudios e Investigación en Ciencias Sociales
(CEICS)

En el cuento *El Aleph*, Borges, al describir a Carlos Argentino Daneri, dice que “es autoritario, pero también es ineficaz”. Uno piensa que después de ese *pero* el autor va a introducir un adjetivo distinto, algo que redima al personaje, pero no. La misma perplejidad —aunque no la misma gracia— provoca el libro que comentaremos aquí. Se trata de una compilación a cargo del doctor en sociología Floreal Forni que pretende señalarnos alternativas a la economía capitalista a partir de ciertas aproximaciones teóricas y estudios de caso sobre algunas experiencias recientes en la Argentina. Con el correr de las páginas veremos que esas alternativas son miserables, pero también son ineficaces.

El libro consta de doce artículos realizados principalmente por sociólogos que en su mayoría han egresado de la Universidad del Salvador. A su vez, varios de ellos llevan adelante sus tareas de investigación como integrantes del CIEL-PIETTE. Según el compilador, la intención última del libro es “ser un aporte tanto a las organizaciones de base como a las ongs promotoras que están enriqueciendo la sociedad civil en la Argentina como lo hicieron los cooperativistas a principios del siglo pasado.” (p. 9). Por una cuestión de espacio, nos concentraremos particularmente en el análisis de los artículos que pretenden ser aportes conceptuales para la temática, dejando para el final una breve síntesis de los trabajos abocados al estudio de casos particulares.

El primero de los artículos se dedica a recuperar las conceptualizaciones de determinados autores que habrían pergeñado alternativas a la economía clásica. Rápidamente, son compendiados diversos teóricos de la llamada “Economía Social” y el cooperativismo, desde fines del siglo XIX hasta la actualidad. Así, conoceremos a Charles Gide, quien habría sentado las bases de la concepción supuestamente científica de la economía social en Francia a partir de los fundamentos del organicismo evolucionista. Gide afirmaba hacia fines del s. XIX que la teoría del valor “hallase hoy (...) abandonada. (...) No hay duda que la riqueza, en tanto que materia, forma, utilidad, es el producto del trabajo y, sobre todo, de la idea más aún que del trabajo manual; pero el valor no es un producto. Él se debe no al trabajo sino a la demanda, no al productor sino al consumidor.” Si esto es así, si el excedente surge de la demanda, “cómo el trabajador podrá decirse expoliado por el hecho de no recibir íntegramente este valor”, se preguntaba el economista francés. Descartada la teoría del valor, lo que debería regir es un principio de justicia. Dicho esto, en su lucha contra lo que él llama “parasitismo”, se salvan tanto el patrón como el rentista. En relación al primero, la sociedad no podría prescindir de él; prueba de ello sería “el escaso número de asociaciones obreras de producción que hasta ahora han podido obtener éxito” (p. 33). Tampoco del segundo “porque la producción nacional tiene necesidad de gente que forma capitales con la mira de prestarlos a nuevas empresas (...) no es menos útil para un país tener productores de capitales que productores de casas para alquilar” (p. 34). Los verdaderos “parásitos” serían, entonces, aquellos que “entran en la denominación genérica de intermediarios, es decir aquellos que sin ser directamente productores tienen por función poner en relación entre sí a productores y consumidores”. Suprimido este eslabón, los “productores podrían vender a mejor precio y los consumidores comprar más barato” (p. 34). De este planteo se desprende su propuesta aparentemente superadora: la creación de cooperativas de consumo, agruparse para prestarse servicios mutuamente que antes se pedían a otros. Una solución pueril que emerge de un punto de partida errado. Lo que Gide no comprende es que el valor acrecido de los bienes en el mercado no se debe a la demanda. Sostener que el comercio genera valor debido a que los bienes tienen mayor valor de uso en manos del consumidor que en manos del productor es falso; no se paga dos veces por la misma mercancía, una vez por su valor de uso y otra por su valor. El valor se incrementa porque se ha incorporado más trabajo a un bien, al transportarlo y ponerlo en condiciones de ser consumido. En cambio, en el acto de compra venta propiamente dicho se

intercambian equivalentes y, por lo tanto, nadie puede sacar más valor del que originalmente tenía. Por eso, erradicar lo que para Gide es el parasitismo comercial, requiere movilizar trabajo social a través de las cooperativas de consumo.

A Gide le sigue el economista ruso Alexander Chayanov, padre del campesinismo, que desarrolló una teoría de la economía campesina como un modo de producción distinto al capitalista y que se debía entender en sí mismo. La importancia de este autor para los articulistas radicaría en haber planteado un modelo alternativo al capitalismo, construido a partir de la economía familiar que se basaría en la satisfacción de necesidades y no en la maximización de lucro. En este sentido, la economía campesina se regiría por principios subjetivos según la necesidad y la valoración de la cantidad del esfuerzo requerido por cada unidad familiar. Según Chayanov, el campesino deja de producir en el momento que considera que sus necesidades han sido cubiertas. El resultado de esto es la construcción de un relato esencialista, estático del campesinado, el cual se podría mantener aislado, sin que ninguna presión del entorno (capitalista) en el que se desenvuelve lo obligase a comportarse de otra manera.

Luego son presentados los aportes de Juan B. Justo, señalado como el fundador de la “economía social”, que “desde una visión reformista propone la construcción de un movimiento socialista (...) cimentado en el desarrollo de una economía social de base agraria como alternativa al capitalismo” (p. 18). Para ello, Justo va a bregar por una reforma agraria que promueva el acceso a la propiedad de las “explotaciones familiares” y, al mismo tiempo, impulsar la organización de los pequeños y medianos productores en cooperativas. Parte de la idea de que la pequeña propiedad es más eficiente y, a su vez, da lugar al desarrollo de una sociedad más democrática. Sin embargo, el movimiento en favor de las cooperativas lo que muestra es la búsqueda de mayor eficiencia a partir de aumentar el tamaño de la explotación y la cantidad de capitales en juego. Es decir, la formación de cooperativas no es prueba de la superioridad de la pequeña explotación, sino todo lo contrario. En resumen, se trata de un programa dirigido a las fracciones más débiles de la burguesía agraria, pero bajo la figura mistificada de la agricultura familiar.

Por último, son reseñados tres autores contemporáneos. Julio H. G. Olivera, abogado y economista argentino que plantea la posibilidad de una variante no capitalista de economía de mercado -sustentada en el cooperativismo- basándose en los aportes de John Stuart Mill; José L. Coraggio, que propone el desarrollo de un “sector social de la

economía en convergencia con el estado” para hacer frente a la emergencia de una nueva *cuestión social* signada por la aparición de dos nuevos actores: “los excluidos” y “los nuevos pobres”. Estos serían producto de la fractura del modelo de sociedad salarial como consecuencia de la aplicación de las políticas neoliberales durante la década del ’90. En tercer lugar aparece Luis Razeto, del cual se reproducen dos artículos en esta compilación: *¿Qué es la economía de solidaridad?* y *El camino de los pobres y de la economía popular*.

Razeto es licenciado en Filosofía y Magíster en Sociología, pero piensa y escribe como pastor. Siendo investigador del Programa de Economía del Trabajo (PET) en Chile, acuñó el término *economía de solidaridad*, “planteando la necesidad de (...) incorporar la solidaridad en la teoría y en la práctica de la economía” (p. 61). Es decir, que la solidaridad actúe en las diferentes fases del ciclo económico. Se trata, nos dice, de producir, distribuir y consumir con solidaridad. Así, Razeto anhela “que la solidaridad sea tanta que llegue a transformar desde dentro y estructuralmente a la economía, generando nuevos y verdaderos equilibrios” (p. 62). Conmover. Ahora bien, cómo se logra esto. A partir de aquí el autor empieza a hacer agua y para responder se hunde aún más en el misticismo: “al incorporar la solidaridad suceden cosas sorprendentes (...) aparece una nueva racionalidad económica. (...) muchas y muy variadas serán las formas y modos de la economía de la solidaridad. Se tratará de poner más solidaridad en las empresas, en el mercado, en el sector público, en las políticas económicas, en el consumo, en el gasto social y personal, etcétera” (pp. 62 y 63). Dice poner *más* solidaridad porque Razeto sostiene que algo de ella ya existe en esos ámbitos, y para demostrarlo recurre a ejemplos insostenibles como “el sacrificio de mayores ganancias que algunos empresarios hacen a veces manteniendo empleos de los que podrían prescindir, preocupados por los efectos del despido de personas y familias que han llegado a conocer y apreciar”. Más aún, agrega que “la existencia misma del mercado, ¿no pone acaso de manifiesto el hecho innegable de que nos necesitamos unos a otros, y que de hecho trabajamos unos para otros?” (p. 63). Todo esto para terminar planteando que no hay que ver a la economía de solidaridad ni como negación ni como alternativa de la “economía de mercado”, porque ello “sería completamente antihistórico e incluso ajeno al hombre tal como es y como puede ser” (p. 64).

Por su parte, en *El camino de los pobres y de la economía popular*, Razeto continúa con el mismo tono evangélico, pero ahora con ciertas reminiscencias malthusianas. Afirma que “el mundo de los marginados consistía hace dos o tres décadas básicamente en aquella parte de

la población que no había logrado integrarse a la vida moderna debido a que las infraestructuras urbanas, productivas y de servicios no crecían lo suficientemente rápido como para absorber la masa social urbana que aumentaba aceleradamente por la explosión demográfica y las migraciones del campo a la ciudad” (p. 68). Situación que se ve agravada debido a que “el proceso industrial y estatal moderno no sólo no pudo absorber todas las fuerzas de trabajo y las necesidades sociales que crecían junto con la población, sino que incluso comenzó a expeler a una parte de quienes había en algún momento incorporado” (p. 69). No obstante, desde la perspectiva de Razeto, este nuevo contexto ha venido a enriquecer el “mundo de los excluidos”. Si antes los “marginados” sólo veían en la acción social del estado sus posibilidades de sobrevivencia -en donde “toda su activación social tendía a expresarse, entonces, en términos reivindicativos y de presión”-, ahora, con la incorporación de “personas que han sido excluidas después de haber experimentado algún nivel de participación e integración, se ha modificado la conformación cultural, social y económica del mundo pobre y marginal” (p. 69), dando paso al desarrollo de la llamada “economía popular”. Ésta “opera y se expande buscando intersticios y oportunidades que encuentra en el mercado, busca aprovechar beneficios y recursos proporcionados por los servicios y subsidios públicos, se inserta en experiencias promovidas por organizaciones no-gubernamentales, e incluso a veces logra reconstruir relaciones económicas basadas en la reciprocidad y la cooperación que predominan en formas más tradicionales de organización económica” (p. 69). A su vez, insiste Razeto, esto da lugar a un cambio en el accionar de las masas empobrecidas, debilitándose su “carácter reivindicativo (en el sentido de presionar para que otros se hagan cargo de sus problemas) sino que buscan resolverlos mediante la ayuda mutua y el auto-desarrollo” (p. 75).

Una buena forma de testear estas propuestas teóricas consiste en el análisis de experiencias concretas. Para finalizar entonces, detengámonos brevemente en algunos de los estudios de caso incluidos en la compilación. En *Mercantilización de la pequeña producción lechera caprina: ¿desaparición o permanencia? Estudio de caso de la principal cuenca lechera de Argentina-Santiago del Estero*, Raúl Paz sostiene que dicha cuenca se estructuró en base a la producción campesina. Su intención es desentrañar si la desaparición o permanencia de este modo de producción en esta rama “¿es hoy el resultado principalmente de cambios de la coyuntura histórica local de la organización agraria o es inevitablemente la transformación de una época?” (p. 135). El autor resuelve la cuestión de entrada, partiendo del supuesto de que en esta

producción “convergen actividades de tipo productiva y reproductiva que no necesariamente, y pese a ser una producción orientada fuertemente al mercado, deban mercantilizarse por completo y que esta no mercantilización resulta clave para la permanencia de la pequeña producción y su capitalización en algunos momentos históricos de la vida de la cuenca. (...) el trabajo pretende demostrar que no necesariamente una acumulación de capital impondrá la desestructuración de dichas relaciones” (p. 135). No obstante, los datos que el propio Paz presenta dan cuenta de una realidad distinta. La producción de leche de cabra con fines comerciales comienza en 1987 cuando una fundación cristiana –Fundapaz– lleva adelante un proyecto productivo con un grupo de “campesinos” del área de riego del Río Dulce, que presentaban altos índices de NBI y poseían una tenencia precaria de la tierra. Ya en la década del ’90 aparecen emprendimientos privados. “Son proyectos de inversión, con planteles relativamente grandes conformados por animales de raza pura y de cruce avanzada” que “por su carácter de pioneros en materia de innovación, cobran relevancia institucional por su efectiva incidencia en el desarrollo caprino provincial, en particular en su sistema lechero” (p. 143). Esto lleva a los supuestos campesinos, para poder seguir en la rama, a unirse en cooperativas. Paz presenta un listado de ellas que, sintomáticamente, ninguna lleva en su denominación la palabra campesino. Hacia fines del 2000 el sector entra en crisis, con una producción de apenas 60 mil litros y sólo 296 cabras en lactación. En este contexto se reafirmaría uno de los elementos que explicarían la posibilidad de persistencia de la economía campesina: “en momentos de crisis, se observa una notable desmercantilización de los factores de producción e insumos (...), intensificando la capacidad de la fuerza de trabajo familiar tendiente a desarrollar el potencial productivo de sus objetos de trabajo” (p. 154). El autor confunde la resistencia del campesinado con el proceso de proletarianización de la pequeña burguesía agraria. El campesinado es propio de un sistema feudal. Por el contrario, cuando el productor directo se transforma en propietario privado, deja de ser campesino y pasa a ser pequeño burgués u obrero. En este último caso, aun cuando mantengan sus pequeñas parcelas, las mismas se constituyen en el espacio físico de su reproducción en tanto fuerza de trabajo y no como soporte de una economía autosuficiente. Precisamente, lo que el autor describe es la transformación de este sujeto en sobrepoblación relativa latente, y por lo tanto constituye una capa de la clase obrera.

Por su parte, en *Las revistas de la calle: nuevas experiencias en el campo de la asistencia a los Sin Techo y desempleados. Un estudio de caso sobre*

la empresa social Hecho en Buenos Aires, Ariel Wilkis indaga acerca de la “naturaleza de la actividad laboral que genera esta empresa social” a partir de entrevistas a los vendedores de la revista. Al hacerlo, lo que nos muestra no es nada reconfortante en términos de alternativas al sistema capitalista. Por ejemplo, “la mayoría (54,5%) logra vender entre 3 y 10 ejemplares diarios en unas jornadas que pueden alcanzar las 12 horas de trabajo (...). Si tenemos en cuenta cuántos días a la semana, los encuestados, le dedican a la realización de esta actividad, podemos observar que gran parte de ellos (49,3%) lo hacen diariamente. En menor medida, pero igualmente significativo, es el peso que tienen los que le dedican entre 5 y 6 días semanales...” (p. 205). Todo este esfuerzo para que “la mitad de los encuestados [viva] con menos de 5 pesos diarios.” (p. 204). De todas formas, Wilkis es optimista: “Lo que no cabe duda (...) es que uno de los efectos de estas iniciativas es dotarle de ciertos recursos materiales a sujetos desplazados por la economía privada y las acciones estatales, que en algunos casos logran pagarse un lugar donde dormir o comer y mejorar intermitentemente o regularmente sus condiciones de vida.” (p. 217).

Para finalizar, en *La confianza en la economía popular: el caso de la red de trueque Nodo Astral*, Lucrecia Barreiro y Lucimiere V. Leite observan la experiencia de una fracción de la pequeña burguesía urbana empobrecida que lleva adelante un club de trueque. Así, “entre los integrantes del nodo nos encontramos con profesionales, técnicos, docentes, entre otros, que ofrecen servicios tales como masajes, clases de idiomas, apoyo escolar, terapias psicológicas, servicios de plomería, electricidad”. Pero esto no es todo, también “ofrecen servicios astrológicos y esotéricos, como sanación por imposición de manos, feng shui, reiki, etcétera.” (p. 269) Convertir esto, si es que a alguien le interesa, en un mundo paralelo al sistema no sólo es miserable, sino también ridículo. Incluso los autores, hacia el final del artículo, descreen de esta posibilidad: “En lo que se refiere a los teóricos de la economía social, nos cuestionamos acerca de la posibilidad de que lo que se genera en esos pequeños sistemas pueda extenderse hacia el resto de la economía sin que las vicisitudes de ésta interfieran en aquélla.” (p. 285)

En definitiva, se trata de un libro que pretende generar la ilusión de que el capitalismo puede superarse mediante el cooperativismo. Se pretende crear al interior del sistema una economía paralela, “solidaria”. Las alternativas propuestas son así idealizadas, como un movimiento “desde abajo” que conforma redes solidarias, añorando formas de producción primitivas. A su vez, apelando a conceptos tales como “excluidos” o “nuevos pobres”, se ignora la condición de clase de estos

sujetos, en tanto obreros. En todos los casos abordados, nos encontramos con aquellas fracciones de la clase obrera que engrosan las filas de la sobrepoblación relativa. Es decir, todas aquellas personas que el capital no logra emplear productivamente. Al negar esta situación, estas concepciones no logran comprender la estructura real de clases imperante bajo el capitalismo y de esta forma abandonan la tarea indispensable de desarrollar una estrategia política que sea capaz de disputarle el poder a la burguesía.

Reseñas

¿Qué fue el Argentinazo?

Reseña de *Piquetes y cacerolas... El "argentinazo" del 2001*, de Mónica Gordillo, Sudamericana, 2010.

Natalia Ledda

Centro de Estudios e Investigación en Ciencias Sociales
(CEICS)

Piquetes y cacerolas pretende, ante todo, comprender el Argentinazo de 2001. Para llevar a cabo este objetivo, Mónica Gordillo propone hacer un recorrido a lo largo de la década que lo precede, haciendo especial énfasis en el "modelo neoliberal" del gobierno menemista. La autora intenta explicar de qué manera un conjunto de medidas económicas, políticas y sociales desplegadas durante la década del '90 habrían contribuido a dar lugar a la rebelión de 2001. Destaca, en particular, los procesos de privatización en distintos ámbitos (salud, educación, transportes, etc.), el retiro del Estado, la desindustrialización y el clientelismo como características de un "nuevo modelo", cuyas consecuencias se reflejarían en un aumento de la pobreza, el desempleo y la inseguridad. Si bien consideramos que es rescatable este intento de analizar los elementos objetivos que explican el Argentinazo, encontramos una serie de ideas problemáticas en lo que respecta a las cuestiones objetivas que Gordillo analiza, relacionadas en general al "modelo menemista", en lugar de buscar la explicación en las particularidades de la acumulación de capital en nuestro país. No podría ser motivo de esta reseña discutir puntualmente estas concepciones, que ya han sido expuestas en otros trabajos.¹

¹Para un análisis sobre la dinámica del desarrollo capitalista en la Argentina, ver Sartelli, Eduardo: "Génesis, desarrollo y descomposición de un sistema social", en *La*